

Así como la inmersión de Sánchez Albornoz en el mundo hispanoamericano de mediados del novecientos rindió muchos servicios a su comprensión del «enigma histórica de España», la de Castro en la estadounidense —tras una breve e inicial estadía rioplatense— le valió igualmente experiencias y conocimientos de gran trascendencia para su *meditatio Hispaniae*.

Resulta lógico pensar, verbigracia, que el disfrute a caño abierto por su ideario liberal e hispido carácter de la tolerancia espiritual de la colectividad yanqui acabaría por perfilar algunos rasgos de su visión de la «España de las tres religiones» y su desgarrador truncamiento a manos de los cristianos viejos. También, y pese a su indisimulable reluctancia por todo lo que relacionara la génesis de su obra con una pretendida pertenencia o afecto por los judíos, la percepción de éste en el medio más favorable para la expansión de su genio desde la expatriación del año 70, es razonable imaginar que dicha observación le prestara datos y conocimientos de innegable valor en el momento de estudiar el desenvolvimiento de la cultura judaica en *Sefarad*.

Al no ser historiador *stricto sensu* y no sentirse —a pesar de su desempeño de la embajada española en Berlín en tiempos de la Segunda República— muy inclinado por la acción política —al revés, justamente, que Sánchez Albornoz— Castro no extrajo para su obra material de consideración de la gran cantera ofrecida por la primera potencia del planeta. Desde tal ángulo, el exilio fue menos provechoso para él que para su antiguo camarada de claustro universitario y empeños intelectuales y patrióticos. Sin embargo, «esta pérdida» se compensaría colmadamente con el trabajo en un ambiente muy denso científicamente y vanguardista en los modos de comunicación intelectual y en la situación de los hombres de pluma y pensamiento en las sociedades avanzadas. El permanente reciclaje que ello implicaría para su espíritu y formación revistió la obra de Castro de una capacidad de renovación y actualización acaso superiores a la sánchezalbornociana, más fijista y «clásica»¹⁰.

Exilio y polémica historiográfica

No puede escribirse otra historia que la que fue. Pero es presumible que sin la guerra civil y, sobre todo, sin el exilio, la obra de dos de los más egregios historiadores hispanos hubiera seguido adverbada en las roderas de erudición y crítica que la caracterizara hasta 1936. Pese a que son advertibles en su producción anterior lineamientos e inquietudes que suponen una honda preocupación por lo español, en el surco abierto por la generación del 98, fue la fecha turbadora de 1936 la que depositó en el ánimo de Américo Castro la semilla de una comezón que ya no le abandonaría hasta una década más tarde al publicar en 1948 la primera versión de su *Realidad histórica de España*¹¹.

una filosofía sistemática de las estructuras nacionales y culturales. Marichal, J., La voluntad de estilo. Teoría e historia del ensayismo hispánico, Madrid, 1971, p. 224. Cfr. igualmente García-Sabell, D., «Introducción al pensamiento histórico de Américo Castro» en Estudios sobre la obra de Américo Castro, Madrid, 1971, pp. 107-124, en especial, pp. 112-114.

¹⁰ Cuenca Toribio, J. M., «Américo Castro, historiador», Cuadernos Hispanoamericanos, n.º. 426 (1985), p. 51 y ss.

¹¹ «Desde el principio de su actividad intelectual ha dominado en Américo Castro el afán por encontrar el principio orgánico de la historia española, aspirando siempre a ordenar lo externamente heterogéneo y lo supues-

Las primicias de la introspección intelectual sobre el ser histórico de España acometida en el exilio caben por completo concederlas al profesor granadino —nacido en Brasil, como es bien sabido¹².

En cuanto a Sánchez Albornoz es manifiesto que el destierro influyó de modo notorio en su hiperestesia ante la suerte, a menudo convulsa, de su patria y alertó sus antenas intelectuales frente a toda clase de interpretaciones ambiciosas acerca de su esencia histórica. No es, pues, de extrañar que el terremoto crítico que suscitara en los ambientes del exilio y en la propia península las novedosas tesis sustentadas por don Américo sacudieran todas sus formulaciones y planteamientos en torno al discurrir del pueblo español. Llevado de su fogoso temperamento y de una concepción acaso un tanto monroísta del oficio de Clío, don Claudio se aprestó sin tardanza a dar «cumplida respuesta» a una cosmovisión de lo español que consideraba como un auténtico desafío para todos los historiadores profesionales y un atentado a la verdad de los hechos¹³.

tamente contradictorio. En todos sus escritos, incluso en las eruditas reseñas de la RFE (antes de 1936), se manifestaba en el estilo de Américo Castro la presencia de esa tensión impulsiva, disparada hacia la entraña histórica de España. De ahí que no pueda hablarse de una conversión intelectual en su caso, ya que se trata más bien de una intensa acentuación de ciertas ideas anteriores a 1936 y de una concentración en su tarea historiográfica de todas sus energías, antes dedicadas parcialmente a diversas actividades públicas y estatales. Ha habido, desde luego, en la vida de Américo Castro y en la historia de su pensamiento un momento semejante al del «relámpago de julio» (1830) de Jules Michelet: la guerra de 1936-1939 hizo sentir al historiador español, agónicamente, la confirmación de su idea sobre la peculiaridad dramática de la historia de España». Marichal, J., La voluntad..., pp. 225-226.

¹² «Los desastres bélicos y coloniales de fines del siglo XIX (ya lo hemos dicho) habían suscitado en toda una generación tremendos interrogantes sobre el pasado español, un pasado lleno de «enigmas históricos», en expresión de Menéndez Pelayo. El sangriento confrontamiento de 1936 reaviva más trágicamente esos porqués históricos, en un deseo de descubrir la dinámica interna que había llevado a toda una nación a semejante cataclismo. Y don Américo experimenta en sí mismo sus crudas experiencias. El estallido de la Guerra Civil hace que abandone España. Expatriación, breve estancia en Argentina, y los Estados Unidos finalmente. Son años de meditación (recordemos los de Unamuno en el exilio) sobre la historia de esa patria que había desembocado en tan caótica guerra destructora. Aquella lucha interna de casi tres años no era un accidente, una lamentable casualidad, sino el trágico desenlace de un pasado aún desconocido por haber sido erróneamente enfocado [...] La dura experiencia de la Guerra Civil le había llevado a la conclusión de que un conocimiento más cabal del pasado nos ayudará a comprender el presente para evitar que esa tragedia se vuelva a repetir en el porvenir. Y, como en el caso del P. Mariana, ese su peregrinar por tierras extrañas moverá su pluma en un afán de mejor entender las cosas de la patria». Peña A., Américo Castro y su visión de España y de Cervantes, Madrid, 1975, pp. 105-108.

¹³ He aquí cómo otro exiliado esclarecido enjuicia la obra de don Américo, después de haber tenido él mismo una crispada polémica con don Claudio, a la que elegantemente no hace mención: «Cuando Américo Castro iba a estar por allá, me avisaba Lloréns para que nos reuniéramos alrededor suyo. Por aquel entonces andaba don Américo a vueltas con sus nuevas teorías acerca de España y de lo español. Esas teorías que él incansablemente revisaba, corregía, cambiaba, modificaba o rectificaba, pero a las que no consentía el más leve reparo por parte de nadie —quien a tal se atreviera era para él ya un miserable, y enemigo mortal suyo—, arrojaban un diseño del carácter español que, siendo tan cuestionable como todas las tipificaciones y tan convencional como todos los retratos colectivos, resultaba, sin embargo, un autorretrato fiel del propio don Américo, con su apasionada entrega vital a aquello que creía ser la verdad. De un subjetivismo frenético, tenía la candorosa inocencia egoísta de un niño, y era adorable como un niño...» Ayala, F., Recuerdos y olvidos, Madrid, 1988, p. 470. Distinta es la semblanza dibujada por otro gran intelectual: «Por cierto, estaba indignado, furioso con Ortega; unas frases suyas en el prólogo a la traducción de El collar de la paloma, de Ibn Hazm, que acababa de publicar Emilio García Gómez, le parecía ser un comentario despectivo de su libro España en su historia. Le aseguré que Ortega no pensaba en él, por la sencilla razón de que no lo había leído, y habíamos hablado de su deseo de leerlo más adelante. No se convenció, persuadido de que aquellas palabras «iban por él». Pensaba escribir muy agresivamente contra Ortega: traté de persuadirlo de que sería un error absurdo. Aunque aquella misma noche le escribí a Ortega, contándole nuestra conversación —le decía que Américo estaba «muy dolido», palabra ciertamente inexacta—; Ortega me contestó inmediatamente que le había dicho lo

Como no nos ha sido solicitado y son, por lo demás, harto conocidas las respectivas tesis que nuclearan las dos grandes obras de los dos grandes maestros, no recordaremos aquí sus extremos fundamentales hoy incorporados en buena parte al acervo más extendido y general sobre la historia de España. En estas notas únicamente deseábamos resaltar cómo el exilio proporcionó el humus indispensable para que brotara la más importante controversia doctrinal acerca de la esencia del pasado hispano, y una de las más fecundas de la cultura del novecientos español, pese al lastre que conlleva siempre la literatura polémica.

Cuando se asiste al *revival* de la historia política e ideológica bajo la forma de historia de las mentalidades, la controversia a que se acaba de aludir puede volver a tener una lectura provechosa. El ideologismo que presidiera algunas de sus principales dimensiones ha encontrado el necesario elemento de contraste y contrapeso en tres decenios de intensa investigación en los campos económico y social de la España medieval y moderna. A su luz, una revisión de los postulados de las dos obras más difundidas de la historiografía peninsular depararía un importante caudal de análisis para recalcar una vez más en la entraña de lo español, cuestión nunca envejecida ni anticuada.

Este sería, así, el último servicio rendido por el exilio a la historiografía hispana antes de embarcarse para la travesía del siglo XXI, en la que temas, coordenadas y métodos experimentarán seguramente un radical cambio de ejes.

José Manuel Cuenca Toribio

justo, la estricta verdad; que no había leído el libro, porque la agitación de su vida no le había permitido hacerlo como deseaba; que cuando lo hiciera le haría llegar su opinión, que no se fundaría en ninguna minucia. Metí la nobilísima carta de Ortega en un sobre y se la mandé a Castro a Princeton. No dijo nada, ni escribió, pero en las ediciones sucesivas del libro (con el título La realidad histórica de España) desaparecieron los grandes elogios de Ortega que aparecían en la primera. Lo sentí por su autor». Marias, J., Una vida presente. Memorias 2 (1951-1975), Madrid, 1989, pp. 23-24.

